

Envejecimiento vs. autonomía: reflexiones sobre un falso dilema

Apinq vs. Autonomy: Reflections about a false dilemma

Este artículo reflexiona sobre el sentido de la vejez y su relación con la autonomía de la persona. Se estructura en tres momentos: en el primero presenta la devaluación de la edad dorada a partir de distintas visiones sobre la vejez y el envejecimiento que van de la Antigüedad clásica y los siglos cristianos a la Modernidad y su crisis y a los signos de revalorización de la época actual. Aborda después la raíz del problema en la aparente contradicción entre autonomía y persona. Allí analiza el papel de la autonomía como manifestación o como fundamento de la persona y trata de despejar los falsos dilemas –autonomía vs. vida humana; autonomía vs. envejecimiento; autonomía vs. solidaridad-. Finalmente apunta algunas ideas para encontrar un sentido auténticamente humano del envejecimiento.

This article is a reflection on the sense of old age and its relation to personal autonomy. It can be structured in three phases: firstly, it presents the devaluation suffered by old age through different conceptions about it -from classic Antiquity and Christian times to Modernity and its crisis till the signs of revalorization today. In a second instance it reflects on the root of the problem in the apparent contradiction between autonomy and person. There the article analyses the role of autonomy as a manifestation or as a basis of the person and tries to clear the false dilemma –autonomy vs. human life; autonomy vs. old age; autonomy vs. solidarity-. Finally, the article points out some ideas in order to find an authentic human sense to old age.

Palabras clave: Envejecimiento, vejez, tercera edad, etapas de la vida, principio de autonomía, persona, dignidad, vida humana, solidaridad.

Key Words: Aging, old age, stages of life, principle of autonomy, person, dignity, human life, solidarity.

Introducción: Planteamiento del problema sobre el sentido de la vejez y su relación con la autonomía de la persona.

Los avances científicos y tecnológicos –especialmente en el campo de la biomedicina-, el estado del bienestar y otras circunstancias del mundo desarrollado van alargando la esperanza de vida y no parece inverosímil que dentro de unos años en esas regiones se pueda alcanzar con una cierta normalidad el siglo de vida en condiciones de calidad aceptables. Sin embargo, al final de un tan prolongado tiempo, a pesar de los medios de la ciencia, los seres humanos terminarán también envejeciendo y no podrán suprimir la muerte. En otras palabras: puede ser que la ciencia consiga prolongar la vida, pero al ha-

cerlo estará también dilatando nuestro envejecimiento que resultará, al final, como la misma muerte, inevitable. Sumergidos en el estado del bienestar y acostumbrados a eludir situaciones los aspectos “menos agradables” de la realidad, nuestro tiempo no suele reflexionar demasiado sobre el final de la vida –el envejecimiento y la muerte-. Y sin embargo, si uno no se muere antes, terminaremos encontrándonos con la vejez –y con su consecuencia última, la muerte¹- . Sin ponernos tétricos –esa actitud nada ayuda a esclarecer las ideas- en este artículo se reflexionará sobre el envejecimiento desde una perspectiva filosófica y humanista, intentando descubrir el sentido humano que puede tener esa etapa conclusiva de nuestra vida y su relación con la facultad de autonomía, particularmente en nuestra cultura.

Para proceder con un cierto orden, nuestra reflexión recordará primero algunas concepciones sobre la vejez, unas pasadas y otras todavía actuales; en segundo lugar distinguiremos y analizaremos lo que es la autonomía, y apuntaremos finalmente alguna idea para la recuperación de un sentido auténticamente humano del proceso del envejecimiento, de su fragilidad y dependencia

1. La devaluación de la edad dorada: distintas visiones sobre la vejez y el envejecimiento

1.1. La experiencia común de la humanidad: La Antigüedad clásica, los siglos cristianos y otras culturas, veneraron la vejez como una edad sabia, necesaria, provechosa y respetable

La experiencia universal de la humanidad nos ha mostrado casi siempre que envejecer es algo más que una mera oxidación de células, y el sentido común nos dice que algo valioso conserva el anciano, aunque merme su autonomía. Es fácil encontrar en la Antigüedad clásica, en los siglos cristianos y en otras culturas testimonios abundantes sobre la veneración que sus hombres tuvieron por la vejez, a la que

consideraron como una edad sabia, necesaria, provechosa y respetable.

Así, las sociedades no sólo con frecuencia se estructuraron en torno a un consejo de ancianos, desde la Gerusía –“ancianidad”- de Esparta, a la misma Roma, en donde tal consejo se llamó “Senatus” –que literalmente sería algo así como “anciano”-, sino que, sobre todo, las sociedades crearon cultura, instituyeron leyes y progresaron sobre el patrimonio legado por los mayores. La representación más ideal del carácter romano es Eneas, el piadoso héroe que lleva sobre sus hombros a su anciano y frágil padre Anquises³ . En las epístolas de Séneca⁴ –y hasta en los escritos epicúreos⁵ - la vida entera es asimilada a la vejez, en la que mira como en un espejo la quebradiza condición humana y aprende a morir un poco cada día.

También los tiempos cristianos, siguiendo y ampliando la pauta marcada por la venerable tradición judaica, estimaron la vejez como la edad donde se debe alcanzar la sabiduría y transmitir los valores a las generaciones siguientes. Son elocuentes los pasajes del Antiguo Testamento que se refieren al testimonio de honestidad, prudencia y valor que se espera de los mayores –como el “ejemplo de nobleza y de virtud” del nonagenario Eleazar que se narra en el segundo libro de los Macabeos⁶ - y contundentemente claros los preceptos sobre el cuidado, respeto y cariño que se les debe como obligación de justicia⁷ - o la comprensión y ayuda cuando alcancen la senilidad y la pérdida de fuerzas físicas y mentales⁸ ; y todas estas actitudes quedan compendiadas, santificadas y sancionadas en el cuarto mandamiento.

Custodia de esta concepción, del aprecio al anciano, de su cuidado y ayuda ha sido siempre la institución natural de la familia –hasta que ha entrado en crisis-. En ella, en efecto, la persona es querida y valorada no por lo que tiene o por lo que hace, sino por lo que es en sí misma⁹ . Por eso, de forma natural, los hijos y aún los nietos asumieron el cuidado de los padres

y abuelos cuando estos ya no podían valerse por sí mismos, al tiempo que recibían de ellos aportaciones que superaban con creces el ámbito material y eran por ello más valiosas.

También culturas distintas de la nuestra han coincidido con nosotros en su aprecio por el anciano, hasta sancionarlo en sus mismas religiones. Así, los textos sagrados del hinduismo hacen del anciano una imagen de Brahma¹⁰. O en los preceptos dados por Confucio –cuya religión entera se asienta sólidamente en el respeto a los mayores, a sus normas, costumbres, honor,...-. O en las tradiciones del Buda, donde se nos dice que fue precisamente la contemplación sobre un anciano una de las causas que movieron al príncipe Sidharta a iniciar el camino de su perfección. O, en una cultura distinta pero más cercana a la nuestra, en la islámica, cuyo Corán contiene preceptos como el que se lee en la sura 17¹¹.

Cicerón condensa en boca del anciano Catón el Censor la elevada concepción, y noble, que de la vejez tenían los hombres antiguos. Ese diálogo –del que nos serviremos aquí en más de algún momento- nos muestra un profundo sentido de humanidad y una rica antropología en la valoración de la edad anciana, hasta llegar a constituirse en una auténtica defensa de sus méritos y virtudes, en las que se relativizan y se miran bajo una óptica muy positiva incluso los males que lleva consigo.

“Efectivamente, cuando reflexiono, hallo cuatro causas por las que parece miserable la vejez: la primera, porque apartaría de administrar los negocios; la segunda, porque haría más débil al cuerpo; la tercera, porque privaría de casi todos los placeres; la cuarta, porque estaría no lejos de la muerte. Veamos, si os place, cuán

importante y cuán justa es cada una de estas causas”¹².

Y el gran Orador concluye que el anciano puede continuar con sus negocios –y cita el caso de Sófocles, que en su ancianidad y para mostrar la plena vigencia de sus facultades escribió una de sus obras maestras, Edipo en Colono (cuya trama, por cierto, es en sí misma una defensa del anciano)-. Concluye Cicerón también que si disminuyen las fuerzas físicas, el anciano tampoco las necesita tanto, pues tiene ahora otras ocupaciones más espirituales, para las que está más avezado que el joven. En cuanto a la pérdida de los placeres, desde su visión estoica, la considera antes una ventaja que un daño, pues las pasiones nublan la mente y la conciencia a la par que llevan al vicio y al crimen, y sin ellas el anciano puede alcanzar la serenidad de espíritu y la prudencia, la sabiduría y la vida feliz –que tienen sus propios honestos y virtuosos placeres-. Sobre la muerte concluye con rigor lógico profundamente estoico:

“Resta la cuarta causa, que parece angustiar muchísimo y tener solícita a nuestra edad: la cercanía de la muerte, que ciertamente no puede estar lejos de la vejez. ¡Oh miserable viejo, que en tan larga existencia no ha visto que la muerte

debe ser menospreciada!

La cual o debe mirarse totalmente con indiferencia si extingue absolutamente al alma, o inclusive ha de desearse si la conduce a algún lugar donde va a ser eterna. Además, no puede encontrarse una tercera posibilidad”¹³.

Y no es que la Antigüedad, la Edad Media o culturas distintas de la nuestra idealicen la vejez o desconozcan las dificultades, achaques, malestares y molestias que entraña. Al contrario: muchos testimonios hay de que

*¡Oh miserable
viejo, que en tan
larga existencia
no ha visto
que la muerte
ha de ser
menospreciada*

la conocían bien, desde las opiniones de Aristóteles y los cínicos hasta los mismos preceptos religiosos que mandan tratar con respeto al anciano “a pesar de sus desvaríos” –lo que indica no sólo que se conocían, sino que existía la recurrente tentación de menospreciar a los mayores por sus achaques-. Pero, con claro realismo y sobre todo con hondo sentido de humanidad, se consideraba a la vejez como una edad venerada y aún deseable, si no se quería morir.

1.2. La Modernidad y su crisis: en función de diversos criterios -la utilidad, el sentimiento, el placer, la sociedad, el consenso, la biología, y muy especialmente la autonomía- la vejez se considera una carga y un mal que hay que soportar, y en lo posible evitar.

Las letras de Cicerón, como decíamos, sirven de representativo ejemplo de lo más granado que sobre el envejecimiento han pensado casi todas las culturas. Casi todas, porque en Occidente, desde hace unos tres siglos, hay otras tendencias y consideraciones. En función de diversos criterios –la utilidad, el sentimiento, el placer, la sociedad, el consenso, la biología, y muy especialmente la autonomía-, la mentalidad moderna ha considerado en más de una ocasión a la vejez como una carga y un mal que hay que soportar, como algo que no es políticamente correcto.

Dos corrientes filosóficas hace ya tiempo superadas en su propio ámbito influyen todavía en nuestra cultura: el cientificismo y la exaltación de la autonomía. En función de ellas –entre otras- se ha formado en Occidente una mentalidad que desprecia todo lo que no considera “científico” y todo lo que no le parece “autónomo”. Hay que advertir sin embargo que ni el cientificismo es ciencia ni esa exaltación absoluta de la autonomía es la autonomía misma –son en cambio ambas interpretaciones filosóficas y, a decir verdad, no de las mejores-. No obstante, durante largo tiempo y todavía, a la débil luz de sus criterios se juzga la entera existencia, y dentro de ella también

el tema que nos ocupa, el envejecimiento. Así, para un científicista, este proceso no sería más que un mero desgaste orgánico y fisiológico, causado a nivel genético por la degeneración necesaria de la reduplicación del DNA que permite la multiplicación celular y a nivel químico por la oxidación de las células, tejidos y órganos debida a la acción de los radicales libres. Si este proceso va unido, además, a una pérdida gradual e inexorable de la autonomía del organismo humano, entonces –según una mera visión autonomista- el envejecimiento carece de utilidad, necesidad y sentido y, si no se puede evitar –meta que habría que conseguir a cualquier precio- sería mucho más provechoso acelerarlo y concluirlo cuanto antes.

A tales corrientes se suma otra, igualmente superada por su frágil fundamento pero ampliamente difundida y muy vigente: el utilitarismo, en sus versiones económica –es digno y valioso lo que tiene o reporta utilidad crematística-, sensitiva –es valioso lo que tiene utilidad sensible, por ejemplo de cara al placer o al dolor-, sociológica –es valioso lo que tiene utilidad para la sociedad-, estatalista –“todo por el estado, para el estado y nada sin el estado”-, etc. Para el utilitarismo –en cualquiera de sus formas- la vejez carece de valor, pues poco puede aportar ya a tales criterios de utilidad.

1.3. En la actualidad; signos de revaloración, en buena medida por los avances que permiten una mayor esperanza de vida junto a una mayor calidad.

Las filosofías derivadas de la Ilustración –cientificismo, utilitarismo, autonomismo- han mostrado ampliamente su fracaso en la crisis de la modernidad que se vivió en el siglo XX: allí cayeron entre las trincheras de dos guerras mundiales y muchas guerras locales, en las alambradas de Auschwitz y en los fríos de Siberia, las utopías de una racionalidad tan endiosada como desquiciada. Ese fracaso lo vieron los existencialistas y los postmodernos –aunque posiblemente ni unos ni otros

completan la tarea de recuperación-. Ese fracaso imponía nuevos criterios, nuevas visiones sobre el hombre y la existencia. Por eso, como una reacción, han surgido y se han revitalizado los diversos personalismos.

A partir de ellos y, obviamente, de unos avances ciertos en la ciencia y en la técnica y de unas condiciones económicas mejores, la consideración sobre el envejecimiento y el anciano han comenzado a ser revisadas. Y en ese proceso estamos. Pero conviene hacer bien la revisión: pues aunque en general hay una tendencia uniforme a pensar que se puede y se debe conservar la vida y unir su prolongación en el tiempo a una mejora de su calidad, sin embargo, existe también el riesgo de perder de vista el sentido auténticamente humano de la existencia y reducirlo a condiciones meramente de bienestar material y físico-psíquico –cuando el hombre, afortunadamente, es algo más que sus genes y que su psique-.

Por eso es oportuno reflexionar un poco sobre la conexión entre envejecimiento y autonomía.

2. La raíz del problema: autonomía vs. persona

2.1. Definición de términos

“Autonomía: (Del lat. *autonomia*, y este del gr. *autonomía*). f. Potestad que dentro de un Estado tienen municipios, provincias, regiones u otras entidades, para regirse mediante normas y órganos de gobierno propios. / 2: Condición de quien, para ciertas cosas, no depende de nadie. /.../14 .

Así, de acuerdo con la segunda acepción de la Academia, “autonomía” se contraponen a “dependencia”¹⁵: te vales por ti mismo o no. En el contexto del curso en el que estamos –Envejecimiento, Fragilidad y Dependencia-, se puede distinguir entre una autonomía física y otra autonomía cognitiva-moral. La primera afecta a cualquiera de nuestras capacidades de sustento vital, desde la capacidad de desplazarse, comunicarse, o alimentarse, a la capacidad de respirar por sí mismo. La

segunda es la capacidad moral que supone la inteligencia y la libertad. Ambas son capacidades del sujeto, que está integrado y las integra en una unidad, y ambas por tanto son importantes para la plenitud del hombre –aunque una, la física, está ordenada a la otra, a la moral-. En virtud de esta unidad, ambas se relacionan también con el proceso de envejecimiento del sujeto, que en cierto modo puede suponer mengua o incluso la pérdida de tales autonomías y en consecuencia puede implicar la necesidad de una mayor dependencia.

2.2. La autonomía como manifestación de la persona: una decisión autónoma -inteligente y libre- supone necesariamente la existencia de un yo inteligente y libre -una persona-. La autonomía así considerada es una mera facultad de la persona, no su constitutivo esencial. Este estaría más allá de la autonomía y sólo puede ser su propio acto de ser.

En una relación real, los efectos siguen a las causas, las suponen y son menores que ellas en cuanto efectos. Así, un acto de visión, sigue a la capacidad de visión –se da después de ella,- supone la capacidad de visión –no se da sin ella- y es menor que la capacidad de visión –un acto puede durar un instante, por ejemplo, mientras que la capacidad es más amplia-. Las decisiones

puntuales inteligentes y libres son efecto, obviamente, de una capacidad intelectual y libre, pero, también obviamente, no se identifican con ella. Análogamente a lo que ocurre con los actos y las facultades, hay también una relación de causa y efecto entre las facultades y la naturaleza –entendida en el lenguaje filosófico como “modo de ser” o mejor “de actuar”-: si hay una capacidad de visión humana, debo suponer un modo de actuar del ser humano que incluye esa capacidad y la

*Los efectos
siguen a las
causas, las
suponen y
son menores
que ellas
en cuanto
efectos*

sostiene, de tal forma que la visión humana no se da sin una naturaleza humana. La libertad también es una facultad humana y supone igualmente una naturaleza humana. Pero la facultad no se identifica con la naturaleza, como el acto tampoco se identificaba con la facultad. Y todavía hay más:

La libertad también es una facultad humana y supone igualmente una naturaleza humana la naturaleza –“modo de actuar”- no existe por sí misma, sino que se da en sujetos, individuos, existentes particulares y concretos que “tienen ese estilo de actuar” –lo que llamamos persona y que, según la definición escolástica, puede entenderse como “subsistente distinto en naturaleza intelectual”¹⁶ -. Este es el verdadero yo que obra según una naturaleza, tiene unas facultades –la libertad entre otras-, y realiza algunos actos. Pero ni sus actos, ni sus facultades, ni siquiera su naturaleza son su yo auténtico, original, único, indivisible e indefinible.

2.3. La autonomía como fundamento de la persona: una mala inferencia de la premisa anterior (“una decisión autónoma supone la existencia de un yo autónomo”) lleva a la falsa conclusión –sofisma- de que sólo existe un yo inteligente y libre –una persona- cuando se da un ejercicio efectivo de autonomía. De esta forma, la autonomía es lo que constituiría a la persona, lo que la haría ser lo que es. Las diversas filosofías modernas, que han configurado la cultura occidental desde el siglo XVIII a nuestros días, se cimentan en gran medida sobre esta visión reducida y prejuzgada.

Por otra parte, la autonomía es una manifestación de la persona. Y no seremos nosotros quienes neguemos su incalculable valor para alcanzar nuestra plenitud. Pero hay otras muchas manifestaciones de la

persona. Incluso hay una que parece su contraria –pero no contradictoria-: la dependencia. Y para la plenitud humana una no es menos importante que la otra, sino que tienen que darse en un difícil pero posible equilibrio –y de hecho se dan en esa experiencia universal de la humanidad que es el amor, que es, curiosamente, la que más plenamente nos realiza: libremente decides amar a la otra persona y simultáneamente asumes como necesaria y propia tu dependencia de ella-.

Pues bien, puede ser que, efectivamente, el anciano vea disminuida incluso dolorosamente su autonomía. Pero, simultáneamente y en la misma proporción, crece la necesidad de dependencia. Y es un signo de madurez humana y de sensatez sacar partido de las oportunidades reales. La dependencia es una oportunidad real, para el anciano y para su entorno, para la sociedad y la cultura. No en ningún sentido mezquino, sino en el sentido de ganar en humanidad, de generar, recuperar y fortalecer vínculos humanos de amor, cariño, solidaridad, entrega. A veces no se puede cambiar el mundo, pero es posible cambiar la relación con la abuela, o con el paciente –y esto mejora el mundo-.

Esto está en consonancia con otra manifestación de la persona, no muy distinta de la autonomía, sino tan vinculada a ella que es su otra cara: la responsabilidad. La responsabilidad es compromiso y el compromiso es una forma de dependencia, aunque se haya asumido libremente.

La responsabilidad es compromiso y éste una forma de dependencia aunque se haya asumido libremente

2.4. Primer falso dilema: autonomía vs. vida humana

Del reduccionismo al que antes aludíamos parte el falso dilema que pretende elegir entre autonomía y vida humana. Se proponen y ofertan hoy muchas bioéticas y

“éticas de mínimos” –cuando la ética debe ser siempre de máximos- que se fundan en el principio de autonomía y en función de él llegan a eliminar la vida humana –y el caso típico es el debate sobre la eutanasia-.

La autonomía tiene un sentido y orden, una razón de ser y un valor positivo y necesario para la realización de la persona. Pero es una facultad de un sujeto. Luego no puede tener prioridad sobre el sujeto, sino que está en función de él. Y mientras la libertad y la autonomía son atribuciones del sujeto –son facultades que tiene-, la vida no es atribución ninguna, no es el predicado del sujeto, sino el sujeto mismo: la vida humana es la persona humana viva: no es que yo tenga vida, sino que yo soy mi vida –y esto, con la misma extensión y comprensión no lo puedo decir de la autonomía o de la libertad-.

2.5. Segundo falso dilema: autonomía vs. envejecimiento

Por otra parte, también el envejecimiento es del sujeto, en cuanto que es un proceso en el que está implicado –pero el sujeto es más amplio que su proceso-. Y también el envejecimiento tiene sentido y orden: una razón de ser en el hombre: es parte de su condición humana. Y un aspecto del sentido de la vejez está sin duda en los vínculos de dependencia que genera y que hay que aprender a ver –o hay que volver a ver- con nuevos ojos: en lugar de verlo como carga, hay que hacer de ello “entrega”. Por eso tiene sentido y razón nuestra tradición cultural cuando, de acuerdo con el principio de protección al débil, soluciona el falso dilema entre autonomía y envejecimiento con el incremento de la solidaridad en el momento en que la autonomía disminuye.

2.6. Tercer falso dilema: autonomía vs. solidaridad

Y es este precisamente un tercer falso dilema: si la autonomía es contraria a la dependencia, parecería que no se necesita crear vínculos con nadie para alcanzar

la plenitud, parecería que cuanto más independientes fuéramos, más alta plenitud alcanzaríamos –es una idea recurrente de las filosofías derivadas de la Ilustración y que en el fondo responde a un esquema dualista de corte platónico o incluso maniqueo-. Sin embargo no es exactamente así. Es verdad que la plenitud se alcanza con la autonomía, con la libertad. O mejor dicho, la libertad es una capacidad necesaria para alcanzar la plenitud humana, pero no es la única condición. La plenitud humana en todos los ámbitos se alcanza con la libre entrega del ser, con la libre vinculación con otros. Se alcanza en sociedad y compañía. Más aún: a medida que los entes tienen un modo de ser más denso, rico y digno, se apartan más de la “autonomía” y se acercan más a la “dependencia”: una piedra perdida en el desierto es casi completamente autónoma, en el sentido de que no necesita de casi nada –más que de un apoyo para estar- y está sumida en la más fría e inútil soledad. Los seres humanos, en cambio, somos altamente dependientes, en lo físico y en lo moral. Nuestra existencia es tan precaria que si no fuera por la ayuda que desde el inicio y hasta el final de nuestra vida recibimos de la apretada urdimbre de relaciones de dependencia de unos con otros, no podríamos alcanzar nuestra plenitud, ni sobrevivir, ni existir siquiera. Y allí, en la creación de vínculos de interdependencia alcanzamos la plenitud. Y en esto y para esto la vejez es maestra de vida y humanidad –como la niñez y la enfermedad, dos ámbitos también de intensa dependencia.

Los seres humanos somos altamente dependientes, en lo físico y en lo moral

Por eso, el anciano, el enfermo terminal, o el de alzheimer, que ha perdido su conciencia –y por tanto el uso de su libertad- e incluso el recuerdo de su misma historia –

que no su historia-, sigue siendo persona, una persona que, como veremos, nos reclama con su presencia viva en esas condiciones –en esas manifestaciones de la persona humana que son manifestaciones de un modo de ser, el nuestro, sumamente frágil- y nos interpela a nuestra conciencia para que la sigamos tratando como a lo que es –no como a lo que tiene o hace, sino de acuerdo con lo que es: presencia humana viva y frágil-. Y al hacerlo así, con una callada y hasta inconsciente pero contundente paradoja, aporta a la sociedad y a la cultura algo que de otra forma no podría darnos: la posibilidad de crecer con él en humanidad, de ser solidarios, de meditar en nuestra contingencia.

Porque el anciano también aporta y da, aunque sea –tiene que ser siempre así- de acuerdo con su propia realidad. No puede hacer lo que un joven y debe hacer lo propio de un anciano, pero su aportación tampoco tiene por qué ser por ello menos valiosa, como bien percibió el sentir clásico:

“Nada, pues, aducen los que niegan que la vejez se ocupa en administrar un negocio; y es lo mismo que si algunos dijeran que el piloto nada hace al navegar, puesto que unos suben a los mástiles, otros corren de aquí para allá por el puente, otros vacían la sentina, mas él, sujetando el timón, está sentado quieto en la popa: no hace lo que los jóvenes, pero sí hace cosas mucho mayores y más importantes. Las grandes acciones no se ejecutan con las fuerzas o la agilidad o celeridad de los cuerpos, sino con la sabiduría, con la autoridad, con el pensamiento; cosas de las cuales ordinariamente no sólo no está privada la vejez, sino que inclusive se enriquece con ellas”¹⁷.

3. Para un sentido auténticamente humano del envejecimiento

Hoy se dice que es necesario mejorar las condiciones del envejecimiento, que la vejez “activa” o “con éxito” será aquella que se base sobre los buenos hábitos de

vida puestos a lo largo de las etapas anteriores. Si esto es así, o lo parece, para el ámbito de la vejez física –básicamente la salud y fortaleza del cuerpo-, también lo es para el ámbito “metafísico”, moral o espiritual del ser humano –y los antiguos ya lo sabían, como puede verse en el citado diálogo sobre la vejez de Cicerón-. Y esto en dos sentidos: Primero, en lo que cada uno de nosotros piensa y espera y desea y trabaja por conseguir una buena vejez. El hombre que vive en una cierta armonía interior en su niñez, juventud y edad madura, previsiblemente viva también con armonía su vejez. Así como hacemos planes de pensiones que garanticen nuestra estabilidad económica tras la jubilación, así deberíamos pensar también en hacer “planes de pensiones espirituales”. En segundo lugar, en lo que la sociedad y la cultura aportan también aquí: la valoración social y cultural del anciano –y aquí tendría que haber una especie de política o de “caja de la seguridad social” sobre esto, con actitudes e iniciativas distintas de lo que es todavía esa mala prensa y discriminación que tiene el anciano-. Apuntemos algunas ideas sobre todo esto.

3.1. La verdadera condición humana: el ser humano –la persona- es algo más que sus facultades, sus actos, su misma naturaleza. Es un yo vivo, presente, integrado en una complejísima unidad de dimensiones.

Si se quiere recuperar el sentido auténticamente humano del envejecimiento, quizás lo primero que habría que hacer es recobrar el sentido de la verdadera condición humana: no somos dioses de libertades absolutas ni tampoco meros organismos animales o masas de quanta de energía. Nuestra realidad es compleja, es una compleja integración de facultades y dimensiones; nuestro yo está más allá de nuestros actos y de nuestras capacidades y de nuestro mismo modo de ser y actuar –de nuestra naturaleza-.

El modo de ser humano –la vida humana- implica en primer lugar la dualidad

–que no dualismo- entre cuerpo y espíritu. Implica también necesariamente una dimensión individual –porque cada uno es cada uno- y una dimensión social –porque uno es de otros y con otros y para otros-.

Implica una dimensión presente –el hoy aquí- y una dimensión histórica –la tradición del ayer y del mañana-

El modo de ser humano implica en primer lugar la dualidad entre cuerpo y espíritu. Implica un inicio, un desarrollo y un final en el tiempo y postula –término filosófico que significa una exigencia racional- una continuidad fuera del tiempo. Implica una interioridad –conciencia- y una exterioridad –responsabilidad-. Implica una tensión entre lo contingente y lo absoluto. Porque es inteligencia y libertad y amor implica, necesariamente, una apertura a los valores trascendentales del ser: la verdad –inteligencia y conocimiento-, el bien –libertad y moral-, la belleza –emoción y estética-, la unidad –integración armónica de diversos ámbitos de realidad-. Y por todo esto implica la apertura a la trascendencia de una dimensión religiosa. Negar algo de esto es sencillamente desconocer cómo somos los seres humanos.

3.2. Las etapas de la vida humana, sus crisis y sus tareas.

Este yo complejo e integrado que somos, porque se da en un modo muy concreto –en una naturaleza que es su ambiente, su mundo, su estilo de ser-, atraviesa una dimensión histórica y una temporalidad que implican etapas de desarrollo. El paso de una etapa a otra entraña momentos de crisis –palabra griega que significa “discernimiento”-. Y como ese paso por el tiempo no es otra cosa sino la redacción gradual y viva de la propia biografía, entonces cada etapa debe afrontar unas tareas precisas de cara a esa construcción vital. Hemos visto que ya los antiguos lo sabían, y por

ello Cicerón escribe, con sabiduría y razón:

“Hay un curso determinado de la existencia y un camino de la naturaleza, y además simple, y a cada período, que, tanto la debilidad de los niños como el ímpetu de los jóvenes y la gravedad de la edad ya adulta y la maduración de la vejez tienen algún fruto natural que a su tiempo debe recogerse”¹⁸.

También lo han recordado con renovado acento filósofos recientes, como Guardini, a quien seguiremos en nuestras reflexiones siguientes. Escribe el pensador italo-germano:

“Entre las fases que hemos mencionado hay crisis típicas: entre el niño y el joven se sitúa la crisis de la pubertad... entre el joven y el mayor de edad, la de la experiencia... entre el mayor de edad y la persona madura, la de la vivencia de los límites... entre la persona madura y el anciano, la consistente en tener que separarnos de cosas y personas... entre la del anciano y la de la persona senil, la crisis de ver que ya no podemos valerlos por nosotros mismos. Estas fases son auténticas formas de vida que no se pueden derivar unas de otras. No es posible comprender la actitud del joven partiendo de la del niño, y tampoco se puede comprender la existencia del niño como mera preparación para la juventud. Cada fase tiene su propio carácter, que se puede acentuar tanto que al que se encuentra en ella le resulte difícil pasar a la siguiente. [...] Las formas de vida constituyen figuras de valor [...]”¹⁹ En ellas comparecen determinados valores que se hallan bajo determinadas propiedades dominantes, de manera que forman grupos característicos. Esos valores, a su vez, delimitan las posibilidades morales y las tareas de cada fase de la vida”²⁰.

3.3. La vejez, sus crisis –la aceptación de los límites y el desprendimiento- y sus tareas –la sabiduría, el consejo, la reconciliación, la culminación de la vida, la preparación para el tránsito, la apertura a la trascendencia-.

Según Guardini, las crisis de la vejez son sobre todo dos: la aceptación de los límites y el desprendimiento de cosas y de personas. Ambas parten obviamente, de la constatación de la propia realidad. Por una parte, uno ya no puede lo

*Según Guardini
las crisis de la
vejez son dos: la
aceptación de
los límites y el
desprendimiento
de cosas y
personas*

que antes podía, las fuerzas disminuyen y con ello muchas posibilidades de vida. Y así, uno constata que la existencia humana es contingente, limitada, frágil y se acaba. Por otra parte, uno va perdiendo cosas —el trabajo, facultades, posesiones— y personas —familiares, amigos, compañeros— y uno se encuentra cada vez más solo y más necesitado. Estas crisis pueden hundimos, de hecho hay a quien le hunden. Y por eso conviene recordar lo que decíamos sobre el modo de envejecer: hay que ir forjando reservas espirituales, y como ayer se comentaba, conviene empezar cuanto antes, aunque nunca es tarde para empezar.

Pero las crisis son —deben ser— momentos de discernimiento y de crecimiento personal, y la persona debe salir de ellas mejor y más afianzada en su camino a la plenitud humana. Por eso la vejez lleva consigo también unas tareas propias de esa edad, unas tareas que arrancan precisamente a partir de esas dificultades que constituyen su crisis. Así, por ejemplo, de la aceptación de los límites y del desprendimiento se adquiere una distancia frente a las cosas que da serenidad de ánimo y luz a la prudencia y parece que está aquí el origen de la proverbial sabiduría y consejo propios de los mayores y que son una de las principales tareas de estos años. Sobre esto se ha hablado suficientemente y no vamos a extendernos aquí más. Sí vamos en cambio a tratar de otras tareas que son, para el individuo y su entorno —y también para la sociedad y la cultura— muy

necesarias y valiosas en cuanto a sentido de humanidad. El conocimiento de experiencia sobre el hombre que aporta el envejecimiento hacen de esta etapa de la vida una oportunidad preciosa para tomar distancia sobre acontecimientos y situaciones y abrirse y abrir a otros a la reconciliación y a la paz: las vidas humanas, en su actividad cotidiana y alocada, muchas veces llevadas de la pasión atropellan el buen sentido y abren heridas en los corazones. La vejez es tiempo propicio para derramar aceite sobre esas llagas y pedir y otorgar el perdón y con ello el bien insuperable de la paz —de la paz interior siempre y de la paz exterior muchas veces—. Ante este inapreciable valor para la vida social, ¿quién puede considerar la vejez una edad inútil? Ante la autoridad irresistible de una madre anciana cuyas canas y sabiduría acrisolada en el amor y el dolor imponen la reconciliación a dos hermanos desde hace años divididos, y enfrentados ¿quién osará decir que el anciano no aporta nada a la sociedad?

Otra tarea que no debe desdeñarse es la de la culminación de la vida. La aceptación de los límites y del desprendimiento ayudan a aceptar el envejecimiento como propio y hasta necesario para terminar bien la obra emprendida. Por eso escribe Guardini:

“Y es que también la vejez es vida. No significa solamente que se va secando una fuente, o que pierde consistencia una estructura antes fuerte y tensa, sino que es ella misma vida, con un modo de ser y un valor propios. Es cierto que implica el acercamiento a la muerte, pero también lo es que la muerte misma sigue siendo vida. No supone sólo cesación y aniquilamiento, sino que posee sentido en sí misma. Pensemos en el doble significado de la expresión ‘llevar a cabo’. ‘Llevar a cabo’ algo quiere decir sin duda lo mismo que terminarlo, pero de manera que aquello que se lleva a cabo alcanza su plenitud. La muerte, así, no es la anulación de la vida, sino su suma final: algo que nuestra época ha olvidado. Los antiguos hablaban

del ars moriendi, del arte de morir, con lo que se referían a que hay formas incorrectas y formas correctas de morir: el mero secarse y hundirse, pero también el llevar a término o a cabo, la realización última de la figura de la existencia. Si esto se puede decir de la muerte, tanto más del envejecimiento²¹.

Culminar la vida significa acercarse a la muerte, que, como dice Cicerón, no puede estar muy lejos de la vejez. Pero el romano continuaba: “¡Oh miserable viejo, que en tan larga existencia no ha visto que la muerte debe ser menospreciada!”. Y con este pensamiento nos advierte de otra de las grandes –y fundamental- tarea de la vejez: la preparación para la muerte. De la muerte no se habla en nuestras ciudades, en nuestra cultura, es un tema tabú –como el propio envejecimiento-. Cuando sale, es la muerte distante de los niños en algún telediario, pero no la nuestra. Y el hecho es que nos morimos un poco cada día²²; que la vejez es la última etapa de la vida, y a su término –si no antes- la vida acaba. Por eso la muerte es el acto conclusivo de la vida, en el sentido de que es “de la vida”, que pertenece a ella, que hay que afrontarla como mejor se pueda, que hay que prepararse para esa función. Y para esto vale lo que decíamos antes para la vejez en general: como haya sido la vida, así será la muerte. La vida entera es una preparación –consciente o inconsciente- para nuestra muerte. Los mayores decían que uno moría como había vivido. Pues hay que vivir para morir como uno desea. Con esa actitud gallarda del lord británico en el hundimiento del Titánic, cuando el camarero le ofrecía un ridículo salvavidas que no podía evitar lo inevitable y lo rechaza: “Vamos vestidos de etiqueta y moriremos como caballeros”. Deberíamos poder decir en el momento de la muerte: “Vamos vestidos de humanidad y moriremos como personas”. Y la vejez, que es necesariamente próxima a la muerte, es un período para preparar ese tránsito con tiempo y con serenidad: el que muere de improviso, o a quien se le arrebató la vida prematura-

mente –aunque sea poco a poco durante largo tiempo- no tiene ni la experiencia de vida del mayor, ni la serenidad y distancia –sabiduría- que aportan la aceptación de los límites y el desprendimiento-.

Por eso Cicerón es tan duro: “¡Oh miserable viejo, que en tan larga existencia no ha visto que la muerte debe ser menospreciada!”. E indica las causas de ese desprecio: “La cual o debe mirarse totalmente con indiferencia si extingue absolutamente al alma, o inclusive ha de desearse si la conduce a algún lugar donde va a ser eterna. Además, no puede encontrarse una tercera posibilidad²³”.

En ese trance supremo de la muerte cuenta mucho –no puede ser menos- la noción y aceptación que cada uno tenga de su dimensión religiosa –por más que este sea para algunos también un tema tabú-. La apertura a la trascendencia es una característica esencial del ser humano –tanto que quizás radique aquí su especificidad-. Si antes hemos hablado de la vejez como edad propicia para la reconciliación entre el anciano y los suyos, ahora debemos hablar también de la reconciliación entre el anciano y esta dimensión religiosa, en el sentido de hacer las paces con su propia concepción religiosa de la existencia, de su existencia –de hacer las paces con la vida-. Es una de las tareas más importantes de la vejez, y –como el ser humano es una integración de muchos elementos complejos-, también una de las fuentes más auténticas de sabiduría.

3.4. La vida humana y la búsqueda de sentido.

“Las palabras de Nietzsche: ‘Quien tiene algo por qué vivir, es capaz de soportar cualquier cómo’ pudieran ser la motivación que guía todas las acciones psicoterapéuticas y psicosociológicas con respecto a los prisioneros. Siempre que se presentaba la oportunidad, era preciso inculcarles un porqué –una meta- de su vivir, a fin de endurecerles para soportar el terrible cómo de su existencia. Desgraciado de aquel que no viera ningún sentido en su

vida, ninguna meta, ninguna intencionalidad y, por tanto, ninguna finalidad en vivirla, ése estaba perdido”²⁴.

Pocos autores recientes han puesto tan claramente de manifiesto la importancia de la búsqueda de sentido de la existencia como Viktor Frankl. Lo que él dice de su experiencia en los campos de concentración, vale, *mutatis mutandis*, para toda la existencia humana: apreciamos la vida cuando descubrimos razones para vivir. Y no es que no las tengamos, sino que a veces nos cuesta verlas.

3.5. La vejez y la búsqueda de sentido.

También la vejez tiene que buscar el sentido de su existencia. Tiene que buscarlo y encontrarlo si quiere recuperar una vivencia humana de esa etapa. Tiene que buscarlo el anciano que ya está en esa edad, no sólo para “no desesperarse” y querer “dimitir” de la vida –la plenitud humana no se alcanza negativamente-, sino también nosotros que todavía no llegamos a esos años –siempre nos parecen lejanos-, para ir aceptando ya el envejecimiento como algo ciertamente natural y necesario de nuestra vida pero también enriquecedor y valioso. Y tiene que buscarlo la sociedad y la cultura para recuperarse de su crisis de humanidad y para constituirse en sociedad y cultura dignas del hombre. Escribe Guardini:

“El problema del envejecimiento consiste, por tanto, en que la persona lo acepte, comprenda su sentido y lo haga realidad. Pero aún hay que añadir otra cosa: es mucho lo que depende de que también la sociedad acepte por su parte la vejez y le reconozca honrada y amablemente el derecho a la vida que le corresponde. Hoy día observamos por todas partes el fenómeno de que sólo se considera como valiosa para el hombre la vida joven, mientras que la edad avanzada se ve como un proceso de decadencia y descomposición. ¿No encuentra este fenómeno su fiel reflejo en el hecho de que cada vez haya menos personas mayores que ten-

gan realmente conciencia de que pueden dar un sentido a su existencia? ¿No son cada uno de esos dos hechos la condición del otro? ¿Y no producen ambos, pese al constante crecimiento del poder y de las capacidades prácticas, una extraña y peligrosa inmadurez en el conjunto de la vida actual?”²⁵.

En esa búsqueda de sentido de la existencia en la vejez, entran las tareas que hemos comentado: si preguntamos ¿qué sentido tiene ser viejo? Bien podríamos responder: para alcanzar la sabiduría, para aportar consejo, para llegar a la reconciliación, para terminar las obras de la vida y culminarla también a ella, para prepararnos para la muerte, para abrirnos y encontrarnos con la trascendencia. Y si en las etapas previas, las tareas eran preparación para la edad sucesiva, estas tres últimas tareas son ciertamente las más importantes de toda la vida: terminar bien la obra empezada, preparar la muerte y encontrar la plenitud. No puede faltar, pues, sentido de la existencia en un anciano²⁶.

Conclusión: La vida humana como obra de arte; la vejez como su coronamiento y culminación.

Envejecer es llevar a cabo la existencia. Esto significa concluirla, terminarla, finalizarla, acabarla. Pero también culminarla, coronarla, poner el broche de oro. Para hacerlo adecuadamente hay que concebir la propia vida como una novela, por ejemplo, como hacía Unamuno, en la que uno va escribiendo, línea a línea, la propia historia. O mejor aún como una obra de arte: el artista, el pintor, el escultor, traza en su mente un plano de su obra, un proyecto ideal y va trabajando según ese plano. Los pinceles y los colores o los golpes del martillo sobre el mármol se contornean o se ajustan a lo que el artista tienen en mente y cada trazo y cada incisión tienen todo su sentido en función del fin que persiguen. Y al final todo está concluido, no puede quedar la obra inacabada. Algo de esto expresa Quevedo cuando escribe ese magnífico soneto sobre la existencia efímera del

hombre, con el que concluiremos nuestra reflexión:

“Cerrar podrá mis ojos la postrera
Sombra que me llevare el blanco día,
Y podrá desatar esta alma mía
Hora, a su afán ansioso lisonjera;

Mas no de esotra parte en la ribera
Dejará la memoria, en donde ardía:
Nadar sabe mi llama el agua fría,
Y perder el respeto a ley severa.

Alma, a quien todo un Dios prisión ha sido,
Venas, que humor a tanto fuego han dado,
Medulas, que han gloriosamente ardido,

Su cuerpo dejará, no su cuidado;
Serán cenizas, mas tendrá sentido,
Polvo será, mas polvo enamorado”²⁷



Notas al pie

¹Es la constatación universal, expresada, entre muchos otros, por Quevedo en memorables versos: “¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde? / ¡Aquí de los antaños que he vivido! / La Fortuna mis tiempos ha mordido; / Las Horas mi locura las esconde. // ¡Que sin poder saber cómo ni adónde / La salud y la Edad se hayan huido! / Falta la vida, asiste lo vivido / Y no hay calamidad que no me ronde. // Ayer se fue; Mañana no ha llegado; / Hoy se está yendo sin parar un punto: / Soy un fue, y un será, y un es cansado. // En el hoy y mañana y ayer, junto / Pañales y mortaja, y he quedado / Presentes sucesiones de difunto”. “Representase la brevedad de lo que se vive y cuán nada parece lo que se vivió”. El Parnaso Español, Polimnia. En QUEVEDO, F., Poesía varia, edición de CROSBY, J.O., Cátedra, Madrid 2000, p. 158.

²La referencia a las fuentes clásicas –sobre las que principalmente se estructura nuestra reflexión– desaconseja, en bien de la claridad, que sigamos el método americano de citación bibliográfica en este artículo (AUTOR, año y página); por lo cual, nos hemos permitido adoptar el siguiente uso: AUTOR, obra, capítulo, versión consultada, editor, ciudad, año y página. Todo ello en nota a pie de página –para no interrumpir la lectura del texto con las referencias–.

³Cf. VIRGILIO, Eneida, 1021-1034, traducción de ESPINOSA PÓLIT, A., edición de FERNÁNDEZ CORTE, J.C., Cátedra, Madrid 1995, p. 196.

⁴Cf. SÉNECA, Epístolas morales a Lucilio. Gredos, Madrid 1994, epístola 12, vol. I, p. 136.

⁵Cf. EPICURO, Carta a Meneceo, en Obras, edición de JUFRESA, M., Tecnos, Madrid 1994, p. 57.

⁶Il Mac 6, 18-31.

⁷"Ponte en pie y honra las canas de un anciano". Lv 19, 32.

⁸"Hijo, acoge a tu padre en la ancianidad y no le des pesares en su vida. Si llega a perder la razón, muéstrate con él indulgente y no le afrentes porque estés tú en la plenitud de tu fuerza, porque la piedad con el padre no será echada en olvido". Eclo 3, 14-15.

⁹Cf. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, 19 ss. En *Enchiridion de la Familia*, Palabra, 2001, p. 154.

¹⁰"¿Quién se encuentra en el camino verdadero? El que respeta a los mayores. ¿Quiénes son los mayores? Los que conocen la esencia de la rectitud. ¿Qué asamblea no merece nuestro respeto? Aquella en la que los mayores están ausentes". SHANKARACHARYA, *Wondrous Whispers of Wisdom from Ancient India*. Abhinav Publications, Nueva Delhi 2001; trad. GALLUD JARDIEL, E.

¹¹"Tu Señor ha decretado que no debéis servir sino a Él y debéis ser buenos con vuestros padres. Si uno de ellos o ambos envejecen en tu casa, no les digas: '¡Uff!' y trates con antipatía, sino sé cariñoso con ellos. Por piedad muéstrate deferente con ellos y di: '¡Señor, ten misericordia de ellos como ellos la tuvieron cuando me educaron siendo niño". El Corán, sura 17, 23-24. Edición de CORTÉS, J., Herder, Barcelona, 1995, p. 340-341.

¹²CICERÓN, M.T., *De senectute*, V, 15. Versión de PIMENTEL ÁLVAREZ, J., UNAM 1997, p. 7.

¹³CICERÓN, M.T., o.c., XIX, 66, p. 30.

¹⁴DRAE, 2001.

¹⁵DRAE, 2001: "dependencia. (De dependiente). f. Subordinación a un poder mayor./ 2. drogodependencia./ 3. Relación de origen o conexión./.../ 8. Der. Situación de una persona que no puede valerse por sí misma./...".

¹⁶Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, I, 29, 4 in c., BAC, Madrid 1959, tomo II-III, p. 113.

¹⁷CICERÓN, M.T., o.c., V, 17, p. 8.

¹⁸CICERÓN, M.T., o.c., VIII, 33, p. 15.

¹⁹"... emplea el concepto de figura de valor para proporcionar una base a la doctrina de las tareas morales específicas como distinta de la doctrina de los principios morales generales" nota al pie en la p. 31 de la obra citada de GUARDINI.

²⁰GUARDINI, R., *Las etapas de la vida*. Palabra, Madrid 1997, p. 31.

²¹GUARDINI, R., o.c. 145.

²²"Fue sueño Ayer, Mañana será tierra: / Poco antes nada y poco después humo, / ¡Y destino ambiciones! ¡y presumo, / apenas punto al cerco que me cierra! // Breve combate de importuna guerra, / En mi defensa soy peligro sumo: / Y mientras con mis armas me consumo / Menos me hospeda el cuerpo, que me entierra // Ya no es Ayer; Mañana no ha llegado; / Hoy pasa y es y fue con movimiento / Que a la muerte me lleva despeñado. // Azadas son las horas y el momento / Que a jornal de mi pena y mi cuidado / Cavan en mi vivir mi monumento". QUEVEDO, F., *Significase la propia brevedad de la vida sin pensar y con padecer, salteada de la muerte*. O.c., p. 160.

²³CICERON, M.T., o.c., XIX, 66, p. 30.

²⁴FRANKL, V.E., *El hombre en busca de sentido*. Herder, Barcelona 1993.

²⁵GUARDINI, R., o.c. 153.

²⁶GUARDINI, R., o.c. 148.

²⁷QUEVEDO, F., *Amor constante más allá de la muerte*. O.c., p. 255.

*Envejecimiento vs. autonomía: reflexiones
sobre un falso dilema*
Salvador Antuñano Alea

16 páginas
(de la 165 a la 179)

Bibliografía

- Sagrada Biblia. Versión de NÁCAR y COLUNGA, BAC, Madrid 1944.
- El Corán. Edición de CORTÉS, J., Herder, Barcelona, 1995.
- BOECIO, Liber de persona et duabus naturis, PL LXIV 1338-1354.
- CICERÓN, M.T., De senectute, V, 15. Versión de PIMENTEL ÁLVAREZ, J., UNAM 1997.
- FRANKL, V.E., El hombre en busca de sentido. Herder, Barcelona 1993.
- GUARDINI, R., Las etapas de la vida. Palabra, Madrid 1997.
- JUAN PABLO II, Familiaris consortio. En Enchiridion de la Familia, Palabra, 2001.
- QUEVEDO, F., Poesía varia, edición de CROSBY, J.O., Cátedra, Madrid 2000.
- REAL ACADEMIA DE LA LENGUA, DRAE, 2001.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, Suma de Teología.
- SHANKARACHARYA, Wondrous Whispers of Wisdom from Ancient India. Abhinav Publications, Nueva Delhi 2001.